



EG
NOCKOUT

SHARD DIX-MARY BRIAN

25
CTS

ST. CLAIR, Malcolm



LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas
de la marca

Núm. 16 **PARAMOUNT** 25
Cts.

EDICIONES BISTAGNE
LAYETANA, 12 BARCELONA

EL KNOCKOUT

(KNOCKOUT REILY, 1927)
Emocionante novela, interpretada por el
simpático artista **RICHARD DIX**
y la deliciosa ingenua **MARY BRIAN**

Es un film **PARAMOUNT**

EXCLUSIVA DE.

Paramount Films, S. A.



J. HORTA, impresor-Barcelona



El Knockout

Argumento de la película

Jim Reilly era un modesto empleado de una fábrica de aceros de Nueva Jersey. Su amor al trabajo y su conducta intachable, le habían valido la confianza de sus superiores y el respeto y estimación de sus compañeros. Hombre de unos veinticinco años, tenía siempre una sonrisa de niño.

Un sábado invitó a Buck, otro empleado de la fábrica, a cenar con él.

—Buck — le dijo —, mi madre quiere que vengas a cenar con nosotros esta noche.

—Muchas gracias, Jim, a tus órdenes...

Los dos compañeros se dirigieron al sencillo hogar de Jim, donde la madre, una viejecita cariñosa y fina, había preparado una comida espléndida.

Durante la cena escucharon, por medio de un aparato de radio, los detalles del combate de boxeo que celebraban los luchadores Killer Agerra y Patricio Malone en el que este último resultó vencido.

Jim, con gesto de mal humor, dijo a su amigo:

—A mí el boxeo no me interesa... No comprendo como hay gentes que se empeñarían la camisa por ver un match de boxeo...

—Yo sé que tu debilidad es el... Danceland — le dijo su compañero en voz baja.

—¿Quieres callar?

Después Jim y su amigo se despidieron de la viejecita para salir a divertirse un rato.

La madre les vió partir sin inquietud. Buck era buen muchacho y en cuanto a Jim era un hombre formal.

Mientras tanto, en otra parte de la ciudad, en una sala de boxeo se comentaba la derrota por k. o. de Malone a quien se había considerado hasta entonces superior a su contrincante Agerra, por mal nombre "El Matón".

Malone estaba furioso y decía a su entrenador:

—Araña, si he perdido este match ha sido por culpa tuya... Me dijiste que no necesitaba entrenarme para ganarle a Agerra. Tú te has vendido a mi enemigo...

—¡Nada, nada, estás ya descalificado! Mi hombre es ahora "El Matón".

—Buena... ésta es tu noche, pero no te apures, que ya llegará la mía...

Y luego, Malone, con aire de preocupación, dijo a un amigo suyo:

—Oye, Nene Dugan, irás ahora mismo al Danceland y le dirás a María lo que ha pasado...

Nene, otro boxeador, salió a cumplir el encargo.

Danceland era una de esas cuevas del placer en donde el cansado busca el descanso entre baile y baile...

Jim Reilly con Buck y otros amigos habían ocupado una de las mesas del "cabaret". Jim esperaba

con emoción el momento de aparecer una de las bailarinas en la pista.

Estaba enamorado en silencio de María Malone, bailarina del cabaret y hermana de Patricio, el boxeador derrotado.

Salió María con otras muchachas a danzar y Jim clavó en ella la mirada con verdadera pasión de enamorado. ¡Qué hermosa era! ¡Qué aspecto de dulzura y de inocencia tenían sus ojos contrastando con las miradas llenas de malos deseos de las otras danzarinas! Era un brillante puro entre tanta piedra artificial.

Ella no parecía fijarse en aquel mudo adorador que llevaba algunas semanas en una devoción mística, contemplándola con timidez.

Buck dijo al fin, con una sonrisa burlona:

—La tienes hipnotizada, Jim. No te ha quitado un momento la vista de encima en toda la noche...

Esto no era verdad, pero lo hacía para alegrarle. Otro amigo exageró la nota:

—Es posible que trabaje aquí sin sueldo, sólo por verte a ti todos los sábados.

—¡No me engañéis! ¡No digáis eso!

Terminada su actuación, María abandonó la pista. Al ir a su camerino encontró a Nene, el amigo íntimo de su hermano y le preguntó con sobresalto:

—¿Cómo se ha portado Patricio, Nene?

—El Araña le traicionó, María... Agerra le venció por knock-out...

—¡Qué pena! ¡Cómo debe sufrir mi pobre hermano!

Y se encerró en su cuartito para llorar la derrota del joven.

Uno de los amigos de Jim se levantó de la mesa y queriendo dar una broma a su enamoradizo com-

pañero, escribió unas líneas en un papel y llamando a la vendedora de flores del "cabaret", le dijo:

—Sígome hasta la mesa donde estoy sentado y déle este papel al individuo que está a mi izquierda...

Volvió al lado de Jim y la florista entregó la misteriosa misiva al enamorado.

Jim leyó con los ojos llameantes de sorpresa estas líneas:

He notado desde hace varias semanas que cada sábado por la noche viene aquí por mí, pues así me lo indica la insistencia con que me mira. ¿Tendría usted algún inconveniente en cenar conmigo después del último baile?

Maria Malone.

—¡Colosal! —dijo Jim, mostrando la carta a sus amigos que, enterados por un guiño de lo que se trataba, reían a carcajada batiente—. Ella me cita... Perdonadme. Voy a verla...

Se levantó y desapareció del salón mientras sus compañeros, gente joven y de buen humor, comentaban el engaño.

En el pasillo Jim se topó con Mary que iba otra vez a bailar en la pista, pero la joven le rechazó con indiferencia.

Jim volvió a la mesa esperando a que ella terminase el último baile.

Ella danzaba alegremente pero con el alma rota por la tristeza. Jim, al verla pasar ante él, sonreía, mostrándole el papelito como aceptando aquella generosa invitación, pero María, con toda naturalidad, le volvía la espalda. ¡Ni siquiera se había dado cuenta de que existiese aquel hombre!

Llegaron unos individuos, entre los que iba Agerra, el héroe de la jornada de boxeo.

El llamado "Araña" que se había puesto incon-

dicionalmente al lado de Agerra, llamó a la mujer encargada del "cabaret" y le dijo:

—Agerra ha vencido a Malone y quiere celebrar la victoria... Nos faltan unas muchachas para que animen la fiesta.

—Escoja usted entre las que quiera. Todas son amables y bonitas...

Acercóse a Agerra, quien tenía los ojos clavados en la linda María, la hermana de su rival vencido, cuya circunstancia conocía el boxeador.

—La menudita aquella es la que más me agrada — dijo Agerra.

—¡Ah, lo siento! María no es de esas. Perderíamos el tiempo si intentase usted algo.

Pero terminada la actuación de las artistas, Agerra sintió la impaciencia de hablar y acompañar a María y se dirigió tranquilamente hacia su camerino.

Penetró en él y cerró la puerta con llave... María le contempló asustada.

—¡Vaya! — dijo él—. ¡No te enfades! He vencido a tu hermano y es justo que ahora te dé un beso a ti... A él un palo, a tí una caricia...

Y riendo, con una brutalidad de sátiro, lanzóse sobre la pobre niña pretendiendo sujetarla y morder sus labios.

—¡Súélteme, suélteme! — decía la infeliz. Ya los labios de él tocaban la piel clara y pura de la inocente y aún ésta seguía gimiendo:

—¡Socorro, socorro!

Jim Reilly había buscado el camerino de María Malone, deseoso de presentarse a ella de acuerdo con la cartita que había recibido.

Al pasar por el corredor escuchó gritos, súplicas y voces de socorro.

Escuchó rumor de lucha, y lanzando todo su cuerpo contra la puerta, logró hacer saltar el cerrojo

y penetró violentamente, como una tromba, en el camerino de María.

Esta pugnaba aún, sintiéndose vencida por los brazos implacables del boxeador.

¡Ah, no vaciló Jim Reilly un instante! Su puño cayó como una maza sobre la mandíbula del formidable luchador, con tal acierto, con tan implacable empuje, que Agerra rodó por el suelo sin sentido.

Luego contempló, emocionado, a María que lloraba.

—¡Gracias, gracias! — murmuró la bailarina toda temblorosa—. Pero haga el favor de irse. ¡Si lo encuentran aquí yo perderé el empleo y esos sinsigüenzas le matarán a usted!

El, rechazando esos temores, respondió:

—He perdido ya la cuenta de los sábados que vengo aquí... por verla a usted...

—¡Pero si ni tan siquiera le conozco a usted! — dijo ella—. ¡Mas ya oigo voces, márchese por Dios! ¡Deben ser ellos!

Sorprendido, Jim, alargó una tarjeta suya a la muchacha y luego saltó por la ventana.

María, extrañada, leyó la tarjeta. ¿Quién era aquel valeroso muchacho que había osado derribar al formidable Agerra? Volvió a pasar los ojos por la cartulina.

JAIMÉ REILLY

*Perito cortador de acero
Fundición de Acero de Nueva Jersey*

La puerta había quedado abierta, y al pasar unos hombres por el corredor, vieron, horrorizados, al famoso Agerra caído en tierra. Corrieron a levantarle y le prestaron auxilio.

—¡Un accidente! Pero, ¿cómo se habrá caído? — comentaron.

Ninguno osaba ni remotamente pensar que hu-

biera un puño humano que le hubiese puesto fuera de combate.

María temblaba...

La noticia de que Agerra había sufrido un accidente atrajo gran concurrencia al camerino... El boxeador volvió lentamente en sí. Sus ojos redondos



—He perdido ya la cuenta de los sábados que vengo aquí...

y fríos miraron los rostros de los que allí estaban.

—¿Dónde está el miserable que me derribó? — dijo. — ¿Dónde?

¡Diablo! ¿Era posible que hubiesen rendido a Agerra? ¿Dónde estaba el valiente que se había atrevido a tanto?

“Araña”, viendo a María que temblaba y leía una

tarjeta, se la arrebató de las manos, y dijo, entregándosela a Agerra:

—Este debe ser el nombre del sujeto que te aporreó... María estaba a tu lado cuando te encontramos...

Con ira leyó el boxeador la tarjeta.

—Sí, debe ser de él! — dijo. — El muy canalla! ¡Cuando lo agarre lo hago trizas!... ¡Tal vez esté aún en el “cabaret”... ¡Vamos a buscarlo!...

—Aquí no, Agerra — dijo “Araña”. — Te echarían seis meses de cárcel por pegarle a un paisano. Hay que vengarse de otro modo. Ya veremos lo que se hace...

Jim había vuelto entretanto al salón y se sentó a la mesa de sus amigos... Nada dijo de la reyerta...

—Qué has visto ya a María? — preguntó Buck. — Todavía no... — respondió.

Uno de los amigos le dijo, alegre, admirado:

—¿Qué te parece? ¡Alguien ha echado por el suelo de un puñetazo a Agerra “El Matón”!

Jim se puso serio. Recordó que él acababa de derribar a un hombre.

—A quién ha echado por el suelo? — preguntó.

—A Agerra “El Matón”. En un camerino. Lo ha dejado sin sentido...

—Bueno, que le den a oler sales si las necesita — exclamó con voz pálida el triunfador.

Pero un miedo íntimo comenzó a invadirle... Se consideró hombre perdido si de nuevo Agerra se ponía ante él. Su rasgo de valor había sido inconsciente sin que él conociera la calidad del adversario. Además, se acordó de la cita que tenía con María...

—¡Bueno, amigos, me voy!... Le prometí a mi madre que volvería a casa temprano. ¡Voy allá corriendo!...

Y salió del “cabaret”.

Mientras tanto, la dueña del establecimiento había ido a ver a María.

—¿Conque no le gusta a usted ir a fiestas de hombres?... Prefiere recibirlos en su camerino, ¿eh? —le dijo con voz insultante—. Yo sé que ha recibido a un desconocido.

—¿Por qué me dice usted esto? — respondió, indignada, la muchacha—. Es la primera vez que veo a mi defensor.

—Sí, sí, esto es lo que dicen todas... Y por culpa de usted, Agerra ha sido puesto fuera de combate... Mire, yo quiero paz en mi casa, será mejor, por lo tanto, que usted se vaya y no vuelva...

—¡Si, me marcharé! — dijo furiosa—. ¡No volverá usted a verme!

Y abandonó el "cabaret", enfurecida. En la puerta topóse con Jim, que la aguardaba.

—Quería verla a usted — dijo Jim—, para darle las gracias por su recado...

Y le enseñó la falsa cartita que le habían entregado sus amigos.

Ella, sorprendida, leyó aquellos renglones... ¡Pobre muchacho! ¡Había sido víctima de una broma de mal gusto! Pero, ¿cómo decirle ahora que no era verdad? Un sentimiento de gratitud y también de simpatía la obligaba a mostrarse amable para con él.

Disimulando, ocultando su turbación, contestó:

—Me alegro que la recibiese y que haya venido a verme... Pero, ¿qué es eso? ¡Tiene usted sangre en una mano! ¡Pobre amigo mío! ¡Por mí!

Y con su pañolito de encaje limpió los bordes de la herida y luego se la vendó...

—Me permite usted que la acompañe a casa? — dijo Jim.

—Sí...

Y siguieron hacia el hogar de ella, bajo la suave

luna que parecía brindarles su complicidad poética y amorosa.

Aquella escena la había presenciado Agerra y algunos de sus compinches.

—¡Soltadme — decía de lejos el boxeador—, que voy a matar al canalla que me dió a traición!

—¡No, no, ahora no! — le dijo "Araña"—. Ya veremos el modo de castigarle sin que tú te comprometas.

—¡Buscad pronto un medio! ¡Estoy sediento de su sangre!

En casa de los Malone, estaban Patricio y su amigo el boxeador Nete Dugan.

—Dugan, tenemos que buscar el desquite. Yo no me conformo con la derrota.

Llegó María acompañada de Jim Reilly. Los dos boxeadores contemplaron con recelo al recién llegado, pero María se encargó de aclarar los rostros.

—Quiero presentarte a mi amigo, el señor Reilly... Patricio, mi hermano. Agerra te venció por *knock-out*. Pues el señor Reilly lo echó por el suelo a él de un solo *punch*.

—¿Con un palo? — preguntó Patricio, como si éste fuera el único medio de vencer al formidable rival.

Jim dijo, riendo:

—Pretendí propasarse con su hermana y tuve que oponerme... Cuando le dí no sabía que fuese Agerra...

El mayor asombro se pintaba en los rostros de los boxeadores profesionales.

—¡Buen *punch* debe ser el suyo que logre derribar de un golpe a Agerra! Con unas cuantas lecciones puede usted ser un pugilista temible.

—¿Yo pugilista? ¡Muchas gracias! Tengo un buen empleo en la fundición de acero.

Luego María explicó que había sido despedida del "cabaret".

—¡Bah, no te preocupes por ello! — dijo su hermano. — Bien mirado me disgustaba tu trabajo! Yo gano dinero para los dos. No quiero que vuelvas por esos sitios.

Jim se despidió cordialmente de Patricio y de Dugan que le contemplaban con verdadera admiración.

Maria le acompañó hasta el recibidor y como ella pretendiese reclamar el pañuelo, dijo Jim:

—Me quedaré con él... Así tendré una excusa para volverla a ver...

—Muchas gracias — dijo María sonriente.

Y le vió alejarse sintiendo ya en su corazón las llamadas incesantes del amor. Y al cerrar la puerta escuchó que Dugan decía a Patricio:

—Púflos como los de ese amigo no se encuentran todos los días. Tenemos que hacernoslo nuestro...

Y ella, sonriente, aprobó con la cabeza este plan.

*
**

Un deseo de feroz venganza anidaba en el alma de Agerra. Unos días después en combinación con varios de sus secuaces combinó un artero proyecto.

—Telefóne a Reilly — dijo a una amiga suya — que eres María Malone... y que lo necesitas en seguida.

La mujer telefoneó a la fundición donde trabajaba Jim Reilly.

—Estoy en la casa número veinte de la calle del Tropezón — dijo —. Soy María Malone. ¡Venga en seguida!

Extrañado, pensando qué había podido sucederle a su linda María, a la que había visto ya alguna otra vez, corrió hacia la dirección indicada.

Le franquearon la entrada de un modesto pisito y preguntó a un hombre de mal talante:

—¿Está aquí María Malone? Ella acaba de telefonearme...

Una carcajada siniestra resonó detrás de él. Era Agerra que iba con los guantes del boxeo puestos.

—Oye, herrero de pega — le dijo riendo —. Yo te enseñaré a batir hierro en frío...

Fueron apareciendo sucesivamente en la sala varios hombres y mujeres, toda la pandilla del boxeador... Reilly tembló.

—Contigo no quiero llos, Agerra — dijo.

—¡Pues yo sí! — repuso aquél —. Voy a señalar tu lindo rostro de manera que tu amiga de Danceland no te conozca cuando te vea...

El terror agitaba a Reilly.

—Es que yo no entiendo nada de boxeo. Yo vine aquí porque María Malone me llamó.

—¿No comprendes que fué una celada, infeliz? ¡Anda, quitadle la ropa y que se defienda!

A pesar de sus protestas, en un instante se apoderaron de su vestido, calzándole los guantes de boxeador. Jim se resistía en vano. Pensaba que iba a morir.

—Y ahora defiéndete, perro — rugió Agerra.

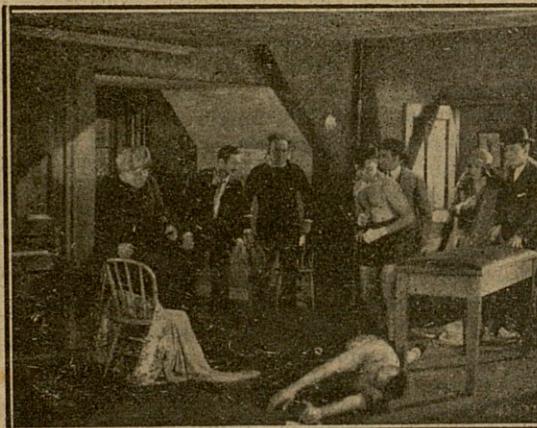
Y comenzó una lucha desigual, implacable. Por dos veces el feroz puño de Agerra tiró al suelo a Jim Reilly que aparecía con todo el rostro ensangrentado... Jim se defendía bravamente, pero falto de la ciencia pugilística necesaria, recibía formidables golpes de su enemigo.

Pero el dolor físico le daba una gran fuerza moral y de un formidable puñetazo logró derribar a Agerra. Pero éste se levantó, e implacable, hundió su puño en el estómago de Jim que cayó sin sentido, vencido definitivamente por k. o.

Aún en el suelo le dió un puntapié, y gritó, riendo, a sus amigos:

—Me parece que con la lección que le he dado, jamás volverá a meterse en mis asuntos.

Y luego se alejó de la casa para saborear con sus amigos el triunfo y la venganza.



...logró derribar a Agerra...

Una hora después Jim volvió en sí y vistiéndose, anonadado todavía por los golpes, marchó de aquel lugar fatídico.

En casa de Reilly, su madre estaba hablando con Dugan. Mantenían una conversación interesante:

—Su hijo podría ganar más dinero en una noche repartiendo puñetazos que en un año cortando acero.

—No me gustaría ver a un hijo mío pelear por dinero...

Jim había llegado a su casa. Su rostro estaba rojo y negro... ¡Ni siquiera su perro le reconoció hasta mucho después!

Dejóse caer, fatigado, sobre una silla mientras su madre acudía a limpiarle las heridas, preguntándole inquieta lo sucedido.

El brevemente explicó el inaudito combate... Y luego dirigiéndose a Dugan le dijo con una ansia loca de venganza:

—¿Siguen usted y su amigo en sus trece de haber un buen pugilista de mí?

—Ya lo creo que sí. Venía precisamente a decírselo a su madre. Si nos deja haremos de usted un gran campeón.

—Pues pueden empezar desde mañana...

Y le tendió la mano.

Y así fué como Jim Reilly comenzó a entrenarse para otro gran match contra su enemigo.

**

Dos años después, Jim Reilly, conocido en los centros deportistas por Knock-out, era un púgil de gran renombre que iba a hacerle frente al campeón del mundo.

Aquel invierno Reilly se lo había pasado en las montañas vecinas de Nueva York entrenándose para ceñirse la faja de la suprema categoría.

En plena nieve, en un ring helado, tenían lugar los entrenamientos. Los boxeadores que combatían con él acababan por rendirse. Su *punch* era formidable.

Néne Dugan y Patricio Malone, entrenadores de Jim, estaban satisfechísimos por los progresos de su amigo. Iba a triunfar como los mejores.

Patricio recibió un día un telegrama de su hermana:

Lago Serrano.

Patricio Malone.

Llegaré esta tarde. Gracias por la invitación en el día de mi cumpleaños. No digas nada a Jim.

Maria

Se guardó el telegrama, esperando dar una sorpresa a su amigo Jim.

Patricio dividía sus tiempos de entrenamiento, en horas de lucha y horas de agradable *flirt*.

Viéndole en la grata compañía de unas muchachas excursionistas, enamoradas de los sports de la nieve, Jim le llamó a parte y le dijo:

—Patricio, si no dejas las mujeres, no ganarás muchas peleas...

—Shakespeare dijo que las mujeres son la mayor inspiración del hombre — contestó tranquilamente Patricio.

—Shakespeare no entendía una papa de boxeo.

—Tal vez sea verdad — añadió Patricio, sonriendo—. Así le telegrafiaré que no venga...

Y sonriendo, le mostró el telegrama que había recibido de su hermanita. ¡Ah! Ante el recuerdo de la bella muchacha, Reilly varió de opinión y respondió alegramente:

—Pues bien mirado, me parece que Shakespeare tenía mucha razón...

Aquella tarde llegó María y la presencia de la hermosa muchacha dió al luchador nuevas energías mozas.

Y fué allá, al día siguiente, sobre los campos nevados, cuando él le declaró el amor que le embargaba el corazón, y ella le respondió aceptando aquel querer honrado.

Pero no se casarían hasta más tarde... hasta des-

pués, cuando Jim hubiese vengado la humillación de que le había hecho víctima Agerra.

Unos días más tarde, los periódicos neoyorquinos traían el siguiente suelto:

Rápido ascenso de un futuro campeón.

La lucha que se prepara para el campeonato del



Aquella tarde llegó María...

peso fuerte en Nueva York, promete ser una de las más sensacionales que se han visto en los últimos años. Hemos visitado al futuro campeón en el lugar del entrenamiento y podemos asegurar que pocos boxeadores luchan con la ciencia y el poder del joven Knock-out Reilly. Su adversario será el campeón mundial Tex Dix.

Esta noticia era comentada en un café por Agerra, "Araña" y otros boxeadores.

—Con Reilly no hay que andarse con tonterías — dijo "Araña" —. A ese herrero no hay quien le impida ganar el campeonato.

A Agerra, que había aspirado a ser él quien luchase contra el campeón del mundo, le hicieron poca gracia aquellas palabras.

—Debería ser yo quien pelease con el campeón en vez de Reilly. ¡Si lográseis quitármelo de en medio, yo sería el pretendiente al campeonato! — dijo Agerra.

Meditó breves momentos y luego añadió:

—Ayer llegó Reilly a Nueva York. Esta noche le tenderemos una trampa y es seguro que caerá en ella.

Concertaron rápidamente un plan para atacarle e inutilizarle para el combate del campeonato mundial.

Aquella noche Jim Reilly se había dirigido a una confitería a adquirir unos dulces, pues era aquella la fiesta del cumpleaños de María y quería obsequiarla de algún modo. "Araña" y algunos amigos de éste le siguieron y le aguardaron junto a la tienda.

Un policía que vió el grupo que formaban los boxeadores se detuvo cerca de ellos mirándoles con extrañeza. ¿Qué hacían allí?

Esto era precisamente lo que querían los secuaces de Agerra. Uno de ellos se acercó al polizonte para tratar conversación con él, mientras los demás esperaban.

Salió Jim, ajeno a lo que iba a ocurrir. "Araña" y algunos cómplices se echaron de improviso sobre él y poniendo en su mano un revólver le obligaron a disparar contra el policía. Y velozmente desaparecieron todos, dejando al futuro luchador, desorientado por los acontecimientos...

Por suerte la bala no hirió al policía quien se

echó rápidamente contra Jim al ver que éste empuñaba todavía el revólver humeante.

—¡Ah, miserable! ¿De modo que querían ustedes suprimirme?

Entonces se dió cuenta Jim de la trampa.

—Pero si este revólver no es el mío... Aseguro a usted que yo no he disparado.

—No mienta y sígome! Ya le hablará al juez!

Y a pesar de sus protestas de inocencia, fué conducido ante el juez. Y algunos días después todos los periódicos traían esta inesperada noticia:

Un año de cárcel para el Knock-out Reilly.

A pesar de la declaración del boxeador en la que hace protestas de inocencia afirmando que se trataba de un ardido de sus adversarios para quitárselo de delante, Reilly ha sido condenado a un año de prisión en la Penitenciaría de Sing Sing.

Las esperanzas que cifraban los admiradores del ex herrero se han visto completamente defraudadas.

Más tarde los diarios trajeron este otro sueldo:

La desconsolada madre de Jim Reilly invierte todos sus ahorros por salvar a su hijo de la prisión.

Hace unas pocas semanas, la señora Nora Reilly era la madre orgullosa y amantísima de un joven boxeador que prometía conquistar el campeonato. Hoy esta misma madre espera compungida el retorno de su único hijo a quien trató en vano de salvar de la cárcel invirtiendo en su fútil empeño los ahorros de toda una vida de áduo trabajo.

El tiempo pasaba con lentitud enloquecedora en el presidio. Jim Reilly se encontraba desesperado por su grave situación. ¡Ah, adivinaba torpemente un complot para quitarlo de delante! ¿Quién era el

¿Tendría algo que ver aquel miserable con el misterioso suceso que le había retenido tanto tiempo en presidio?

Unas semanas después, se concertó un *match* entre el campeón Agerra y el boxeador Nene Dugan...

Las apuestas se cotizaban a tres contra uno a favor del campeón Agerra. Los aficionados y peritos



—Día llegará en que vuelvas a luchar...

en asuntos pugilísticos predecían que Agerra pondría fuera de combate a su contrario en el quinto round por knock-out.

No sabía Agerra que pocas horas antes se habían reunido Jim Reilly, Patricio Malone y Nene Dugan para tratar de un interesante asunto que atañía sobre todo a Jim, dándole los medios para luchar con el campeón Agerra...

¡Ah, si Jim hubiese sabido que era también aquel mismo Agerra el culpable de su prisión! ¡Cómo se hubiera lanzado contra él con ansias de muerte!

A la entrevista había asistido también María quien animó a Jim en sus propósitos.

—No sé por qué, pero me parece que es algo sagrado lo que debes realizar. Ten fe en tu triunfo...

—La tengo por ti, y por mí — respondió Jim...

La noche del *match* una gran multitud rodeaba el ring.

Agerra estaba contento. No le parecía muy difícil vencer a su contrincante, después de haber derrotado unos meses antes al que detentaba el campeonato mundial.

“Araña”, su manager, le dijo riendo, después de mirar el espectáculo bullicioso del ring.

—Barnum tenía razón cuando dijo que en el mundo cada hora nace un loco. Fíjate en los locos que hay aquí fuera reunidos por ver la paliza que le das a ese gandul de Dugan.

Pero, de pronto, entró en el cuarto, Tom Brady, el empresario.

—¡Qué suerte más perra! — dijo —. Dugan se ha roto la muñeca derecha. ¡Acaba de decírmelo Malone!

—¡Maldita sea! — rugió Agerra —. ¿Y con quién luchó yo ahora?

—¡Estamos perdidos! Precisamente esta noche que tengo el lleno más grande de mi vida — dijo Brady —. ¿Cómo vamos a dejar perder esta entrada?

—Pues nada podemos hacer — dijo el campeón —. Tendrá que suspenderse el acto.

—¡Ah, no, no...!

Y mientras tanto, en otro cuarto contiguo se encontraban Patricio Malone, Dugan y bim.

Patricio pintaba de color amarillento el rostro de Jim.

—Todo marcha como habíamos planeado — dijo Patricio—. Dugan ha fingido que se ha roto la muñeca. Lo único que tienes que hacer ahora, Jim, es poner cara de hambre... Vamos a darte la ocasión para que puedas luchar con Agerra.

—¿Lo lograré?

—Naturalmente. La empresa tiene que poner un sustituto. Finge que te estás muriendo y yo trataré de convencerlos.

Patricio marchó al cuarto donde estaban Agerra y sus amigos.

—Me persigue la mala estrella—. Ami primer boxeador lo mandan a la cárcel antes de la lucha y ahora a ese gandul se le rompe la muñeca...

Desde allí se escuchaba el grito amenazador de la multitud que comenzaba a impacientarse por la tardanza del principal combate.

Brady estaba furioso.

—Agerra, si esta noche no luchas con alguien, son capaces de echar la casa abajo...

—¿Y qué quiere usted que le haga si no tengo otro enemigo? A menos que tú, Malone, quieras luchar — dijo, con una sonrisa insultante.

—No, conmigo no. — costeó Patricio—. Ya me escarmentaste una vez... Desde luego, me doy por vencido... Pero en mi cuarto tengo a un hombre, a un pobre diablo, que por unas pesetas lucharía y os sacaría del apuro...

—Pues veamos quién es. ¡Tráemelo! Pero, ¡diablo! ¡Es muy raro que Dugan se haya roto la muñeca después del entrenamiento!

Poco después penetraba, con aire tímido, de enfermo, Jim Railly en el departamento de Agerra.

Este, al verlo, retrocedió sorprendido. ¿No estaba en la cárcel aquel miserable? ¿Qué venía a hacer allí?

Reilly, representando a la maravilla su papel de enfermo, a fin de que le considerasen como un fácil rival, se le acercó, y le dijo, conteniendo su indignación:

—Acabo de enterarme de lo que le ha pasado a Dugan... y vengo a ofrecerte para sustituirlo... Tengo hambre.

Una sonrisa de odio iluminó el rostro del campeón contra aquel hombre a quien había hecho meter en presidio.

—De buena gana te escupiría — murmuró—. Pero como quiera que tengo que luchar co nalguno, me daré el gustazo de abollarte la sesera.

—A eso vengo, mas podría suceder lo contrario — respondió Jim, con extraña entonación.

—¿Me amenazas, enfermo, tísico...? — rugió Agerra—. ¿Qué te has propuesto, gandul? ¿Luchar conmigo? Cuando haya concluido contigo no te quedarán más ganas de subir a un ring en todos los días de tu vida. ¿Es que no escarmentaste la otra vez? Pues ahora te acordarás para siempre...

—La necesidad me obliga a combatir... no otra cosa — murmuró Jim, con falsa modestia.

—Pues te arrepentirás de ello...

Puestos ya de acuerdo para comenzar el combate, Agerra sentía de nuevo que el odio invadía su corazón. ¡Otra vez aquel inbécil frente a él! ¡Le castigaría de modo implacable...!

Por su parte también Jim sentía deseos de combatir a su adversario. Había usado de aquella estrategia de sentirse enfermo, hambriento, a fin de que Agerra, creyendo vencer fácilmente, no se negara al combate...

¡Llegaba por fin, para Reilly, el instante de medir de nuevo sus fuerzas contra aquel traidor que le pegó a mansalva!

El empresario se dirigió al ring y provisto de un altavoz habló al público enfurecido:

—Dugan se ha roto una muñeca, pero la empresa



—¿Qué te has propuesto, gandul?

tiene el gusto de anunciar al público que ha encontrado un digno sustituto...

María había ido a animar a su novio.

—Valor, Jim — le dijo —. Si piensas en lo que te ha pasado, no puedes perder de ninguna manera...

—Sí, sí, María; yo venceré.

—Hace dos años que esperas esta ocasión, Jim. Aprovéchate de ella ahora que puedes...

El primero en salir al ring fué Agerra, recibido con una gran ovación.

Poco después aparecía Jim Reilly con aire tímido y apocado.

Al ver su rostro pálido y su mirada débil, fué abucheado por todos.

—Parece que acaban de desenterrarlo de una tumba — decían —. Es hombre rendido...

Jim, sin hacer caso de aquellas voces, miraba serenamente a su adversario.

Patricio Malone y otros amigos le rodeaban animándole a no desmayar...

María fué a ocupar una de las primeras filas. Sonreía a Jim con ansia deliciosa. Agerra sorprendió esta sonrisa y se estremeció de odio.

Había renunciado hacía mucho tiempo, vista la inutilidad de sus esfuerzos, a hacerse amar por María, pero al verla allí, animando a su rival, triunfante en amor, los más violentos celos se apoderaron de él.

Iba a comenzar el combate:

—La lucha principal: a quince rounds... Agerra "El Matón", campeón del mundo del peso fuerte, con Knockout Reilly, célebre aspirante al campeonato hace dos años. El árbitro será Patsy Haley.

Y dada la señal, empezó la lucha entre aquellos dos hombres que se odiaban.

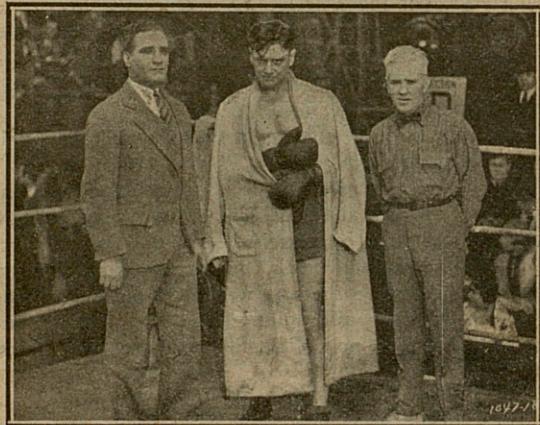
El primer round fué indeciso, pero en él pudo ya comprobar Agerra que su adversario no era tan débil como denotaba su aspecto. Sus puños eran de acero...

Entre el entusiasmo de la multitud, comenzó el segundo round tampoco sin positiva ventaja para ninguno de los contendientes, lo que ponía fuera de sí

a Agerra que creyó que era cuestión de un momento el vencer a su contrario...

El público comenzaba a dividir sus pareceres. Los había que apostaban ya por Jim.

Durante el segundo descanso, Agerra decía a sus compañeros:



Poco después aparecía Jim Reilly.

—¡El muy granuja! ¡Se defiende! ¡Pero en este descuento!

Y, mientras, Malone y los otros le decían a Jim:

—Recuerda que pesa más que tú. ¡No entres al cuerpo y resguárdate!...

De nuevo la lucha se reanudó, furiosa, y esta vez el odio y el poder de Agerra parecieron aplastar a su rival.

Jim, incapaz de resistir aquellos esfuerzos violentos, cayó al suelo durante ocho segundos y pudo levantarse penosamente.

Una sonrisa de demonio iluminaba los ojos de Agerra.

—¡Granuja! — le decía. — ¡Granuja!

Al terminar ese round, ya nadie dudaba de que la victoria sería para Agerra. ¿Cómo se atrevía su contrario a querer disputarle la supremacía?

Patrício Malone le decía, mientras le echaba agua procurando retornarle:

—Valor, Jim, por tu madre, pelea...

Pero se comprendía que estaba ya más muerto que vivo... ¡Era mucho hombre su adversario!

Se sentía desfallecer, como vaciado por dentro. ¿Qué iba a ocurrir? Y pensaba en todas las cosas que podían animarle, pero notaba que se le escapaban sus fuerzas.

El cuarto round comenzó con una violencia implacable. Agerra pegaba terrible como una maza, como un arriete, echándolo hacia las cuerdas... Jim, casi desvanecido, cayó una vez por seis segundos... Se volvió a levantar penosamente y otro terrible *crochet* le derribó en tierra...

El árbitro comenzó a contar.

Los espectadores daban ya el partido por acabado.

—Reilly no puede hacer nada. El peso del otro le ha aplastado — decían.

La voz del árbitro sonaba monótona...

—Seis... siete... ocho...

Y Jim, sin sentido, no se levantaba...

—Nueve...

En aquel instante sonó la campana del gongo. Esta le había salvado de ser vencido por k. o.

Procuraron reanimar a Jim quien, ensangrentado, parecía ya un hombre sin fuerza ni apoyo...

María, desesperada, se levantó y acercóse a él... Sus ojos brillaron con imploración.

—¡Jim, Jim, escúchame!...

Aquella voz amada, aquella voz femenina de delicados matices, hizo abrir los ojos al boxeador que sonrió débilmente.

—¡Debes triunfar! — le dijo ella con imperio—. Pelea, Jim, por Dios, pelea... Escúchame — le dijo con los ojos inyectados en sangre, después de contemplar con repugnancia a Agerra que sonreía al otro lado del ring—, escúchame! ¡Fué el "Matón" quien te envió a presidio! ¡A presidio, Jim!

El boxeador se levantó. En sus ojos brilló el espanto. Ya no sentía el dolor.

—¡El...!

—Sí, Jim... por él tu madre tuvo que ir a fregar suelos... acuérdate...

—¡Oh, calla, calla! Y yo sin saber, sin adivinar qué torpe!

Se levantó; estaba transfigurado, era otro hombre.

Sonó de nuevo la campana y, ciego de furor, se abalanzó contra su rival.

—¡Ahora liquidaremos cuentas, Agerra! — le gritó—. ¡Lo sé todo!...

Y le descargó un formidable puñetazo, que casi aturdió a Agerra.

Y se enzarzaron en la más atroz de las peleas. Pero Agerra se sentía fatigado. El gran tren a que había llevado los anteriores rounds le había dejado sin fuerzas, mientras Jim estaba invadido por un aliento interno, por un estremecimiento de poder que le daba una energía de dios vengador...

Agerra, asustado ante aquel alud de golpes, cayó sobre las cuerdas y luego fué derribado al suelo.

Se levantó a los cuatro segundos, echando sangre por los labios.

—¡Perro! — repetía—. ¡No me vencerás!

María, cerca de las cuerdas, gritaba:

—¡Jim, Jim, acuérdate, despierta, por tu madre, por ti!

De pronto, el puño de Jim cayó sobre el estómago de su contrincante, y éste fué derribado en tierra con los brazos en alto en una actitud trágica. ¡Estaba sin sentido!...

El árbitro contó y pasaron los diez segundos en un silencio fatídico, terminados los cuales estalló una ovación delirante.

—¡Jim Reilly es el vencedor por knock-out, él es el nuevo campeón del mundo del peso fuerte! — dijo el árbitro.

Jim se dejó caer en un banquillo... ¡No podía más!... Sus amigos le aplaudieron con entusiasmo... El contestaba cada vez más pálido. María se acercó con emoción... Y antes de desvanecerse fatigado, sonrió a la bella animadora...

*

Su triunfo fué definitivo. En un instante, la riqueza, la popularidad, el prestigio recobrado... A Agerra no le quedarían ganas de intentar nada contra él.

Iba a casarse pronto con María y viviría con ella en la casa de su madre...

Al día siguiente del combate, ya repuesto de los contundentes golpes, Jim preguntó a su novia:

—Y dime, María, ¿cómo averiguaste que fué Agerra quien me mandó a presidio?

—No lo averigué — dijo ella —. Fué una corazonada...

—¡Pues tu corazón me salvó!... ¡Bendita seas, María!...

Y besó a la mujer que había sido la conductora de su triunfo.

F I N

Próximo número:

DIPLOMACIA

Por BLANCHE SWEET y NEIL HAMILTON

EL JUEVES

EN

Los Grandes Films

TEJADOS DE VIDRIO

por MADGE BELLAMY

Exclusiva de venta para España:

Sociedad General Española de Librería, Diarios,
Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barberá, 16 - MADRID: Ferraz, 21 - IRÚN: Ferrocarril, 20

*Illustrations
par Richard...
L*

Ediciones
BISTAGNE: